

sociedad por senderos distintos que condujeron, en último término, a que un grupo dominase y el otro desapareciese.

*De la desaparición de al-Andalus* es un trabajo corto pero intenso. Todas las opiniones están muy bien apoyadas en fuentes, a las que Maíllo Salgado recurre continuamente en sus citas. Los argumentos elegidos fueron los indicados para convencer al lector de por qué el estado islámico no perduró en la Península Ibérica; es decir que el autor comienza, desarrolla y cierra su trabajo como una fórmula matemática.

DANIELLE PY

*Jardins du Maroc, d'Espagne et du Portugal. Un art de vivre partagé.* Actes Sud, 2003. 237 págs. ISBN 2-7427-4519-X.

La presentación y el formato de este libro puede conducirnos a la idea de que se trata de una publicación dedicada exclusivamente a exhibir la belleza de los jardines de estos tres países, pero tan pronto el lector se sumerge en su texto, descubre que el fin del mismo va mucho más allá de eso. En la introducción participan el secretario general de la Real Academia de Marruecos y el presidente de la Fundación Telefónica Maroc (co-partícipe de esta edición), quienes describen claramente el objetivo de esta publicación: difundir los signos de identidad común que unen a estos pueblos de ambos lados del estrecho y contribuir con ello a una mayor comprensión mutua entre dos mundos que cada vez más asiduamente se pretende señalar como distantes. A pesar de los enfrentamientos entre Islam y Cristianismo en la Edad Media, no puede negarse la existencia de una historia común de estos tres países y entre los elementos que confirman este rasgo se encuentra la relación de los mismos con la naturaleza y el medio ambiente, puesta de relieve en esta obra.

El libro está articulado en tres partes en las que especialistas de cada uno de los países nos guían en un viaje a través del pasado y presente de los jardines andalusíes, descubriéndolos no sólo desde la perspectiva artística sino también en sus aspectos históricos, filosóficos y sociales. Partiendo del concepto de jardín proveniente de Medio Oriente, los tres países desarrollarán un nuevo modelo que contribuirá a establecer un modo particular de vida económica, imprimiendo un sello especial al paisaje del Mediterráneo occidental.

Mohammed el Faïz examina algunas ciudades marroquíes famosas por la riqueza de su patrimonio y por su aporte a la historia de los jardines. Comienza su viaje partiendo de Marrakech, a la que distingue especialmente por ser depositaria de todos los estilos de jardines conocidos en Marruecos desde el siglo XI al XIX. Es interesante la inserción que hace el autor de un texto del cronista oficial almohade, Ibn Sahib al-Salât en el que se refieren detalles interesantes vinculados a los jardines, tales como los edificios que los rodean, el uso del agua, la gente empleada en las obras, la plantación de las distintas especies, las fiestas que se organizaban en ellos, etc.

No menos relevantes son algunos comentarios expresados por el autor, sobre todo con respecto al perjuicio que significó para el arte de la jardinería su vinculación estrecha con el poder político de turno. Los soberanos, quienes demostraban su prestigio a través de la magnificencia de los jardines, pretendían con su creación mantener el recuerdo de su reinado, por ello al borrar las huellas de sus predecesores, eliminaban prestigiosos monumentos. El Palacio Badî es el mejor ejemplo de cómo el afán de destrucción de la memoria del gobernante anterior condujo, en la práctica, a la desaparición de un complejo majestuoso. En contraposición a esto, el Palacio de la Bahía se convirtió en un claro paradigma de integración entre paisaje y arquitectura, surgido al amparo del poder económico de «nuevos ricos» favorecidos por los protectorados extranjeros.

Luego llegará el turno de la ciudad de Fez en la cual al arte de los jardines se observa desde su fundación y como muestra de ello nada mejor que la frase que Idris II dirige a los primeros pobladores para estimular la creación de espacios verdes cuando dice «aquellos de

entre vosotros que hayan elegido un terreno y que sobre éste construyan casas o jardines antes de que las murallas se terminen, serán declarados sus propietarios». La misma Meknés , surgida como ciudad-fortaleza, llevó en su nombre (Maknazat-az-zaytoun o Meknés de los olivos) y en su trazado, el modelo de ciudad-jardín. Asimismo Rabat y su necrópolis real de Chellah demuestran cómo los espacios ajardinados pueden ser relevantes hasta en un complejo funerario.

Manuel Gómez Anuarbe nos introduce en el recorrido por España y con él descubrimos elementos que no se encuentran en Marruecos como la recreación actual de una almunia real en el palacio toledano de Galiana o la reproducción de los jardines sasánidas en Medina Azahara, donde su estructura de plataformas distribuidas en distintos niveles demuestran la intención del califato omeya de rivalizar con los abasíes de Bagdad. Por supuesto, no podía faltar en este recorrido la alusión a los espléndidos patios cordobeses y a los edificios fortificados con soberbios jardines como la alcazaba de Málaga o la Aljafería de Zaragoza.

Un párrafo aparte merecen las descripciones sobre cómo los jardines de la Alhambra y el Generalife y el alcázar de Sevilla fueron remodelados a lo largo del tiempo para adaptarlos a la visita turística, permitiendo el goce de los mismos sin perjudicar la preservación de este riquísimo patrimonio.

A lo largo de su exposición el autor subraya dos conceptos muy importantes: por un lado, que a pesar de la desaparición hace ya varios siglos del dominio musulmán en España y de la introducción de otras influencias artísticas como la inglesa y la francesa , con sus respectivos modelos de jardines, el concepto del jardín hispano-árabe nunca desapareció; y por otro lado, que desde principios del siglo XX con la exposición hispanoamericana de Sevilla y la creación de una escuela de jardinería, se produjo una verdadera explosión de orgullo nacionalista que condujo a la revisión de aquella tradición del jardín hispano-morisco. Estos dos elementos propiciaron la evolución de la tradición jardinera musulmana poniéndola en contacto con los nuevos estilos surgidos en Europa, reinventándola y desarrollándola aún más.

Teresa Portela Marques es la encargada de presentar la evolución de la jardinería en Portugal. Sin duda son el Alentejo y el Algarbe los lugares donde más se aprecia la influencia de este estilo, ya que allí se desarrolló la cultura musulmana durante prácticamente toda la Edad Media. Esta fuerte influencia se vio reforzada hacia el final de este período por la intervención en el arte del rey Manuel I quien, con la impronta decorativa mudéjar, mantuvo el carácter islámico de los edificios. Poco tiempo después las conquistas ultramarinas acercan nuevas influencias, esta vez provenientes de Africa y de las costas del océano Indico, consolidando así el carácter musulmán de los jardines. Este estilo perdurará a través de elementos como el almacenamiento del agua en grandes estanques, la plantación de naranjales, la utilización del azulejo como fondo decorativo y la presencia de canales interpretados como los cuatro ríos del paraíso coránico.

La llegada de los estilos renacentista y barroco no conseguirán eliminar este modelo y en el siglo XIX, con el romanticismo y su vuelta a los modelos medievales, el modelo islámico se reinterpreta, dando origen al estilo neo-árabe del cual es ejemplo acabado el palacio da Pena en Sintra.

Sin duda esta publicación cumple con acierto su objetivo de contribuir a un mayor conocimiento y a una valoración clara de este arte compartido. Su intento de superar esa imagen contrastada a través de este viaje intercultural se verifica además en una oportuna presentación del texto en los idiomas de los países involucrados en este patrimonio común: árabe, castellano y portugués, acompañados por magníficas fotos que demuestran ese mestizaje y que transportan al lector a un mundo de múltiples colores, ricas texturas y perfumes embriagantes.

El reto que los editores se plantean es el de abordar en próximas publicaciones otros temas que permitan avanzar en el conocimiento del patrimonio común heredado de al-Andalus. Celebramos este proyecto y esperamos con expectación los prometidos frutos.

SILVIA NORA ARROÑADA